

El tren de Silvia

Pocas personas en el mundo pueden presumir de haber nacido dos veces.

La primera vez que Él nació era un anodino y soleado jueves de invierno en Madrid. Nació al filo del mediodía, de parto natural y rápido. Su peso era normal, su tamaño era el habitual, incluso su madre se cercioró a los pocos segundos de que contaba con los veinte dedos reglamentarios. Todo normal. Su familia recordaría siempre ese día como “el día que no pasó absolutamente nada”. No hubo noticias de relevancia en los periódicos, ni en la televisión, y ni siquiera hubo partido de fútbol esa noche. Era un día cualquiera, el día más adecuado para recibir a una persona cualquiera.

Pero Él no era una persona cualquiera, aunque era el único que tenía la responsabilidad de recordárselo a sí mismo cada día. No es que su familia no lo quisiera, no es que no tuviera amigos, simplemente no notaba el aprecio que supuestamente le daban. Era como si estuviera rodeado de una capa de gelatina en la que rebotaba todo lo bueno y en la que incompresiblemente penetraba todo lo malo.

Su primera vida transcurrió con absoluta normalidad. Tuvo una infancia feliz, o al menos tan feliz como se le supone a un niño de familia de clase media a la que no le falta de nada. No tenía hermanos ni hermanas, y se entretenía viendo jugar a los niños del barrio a través de la ventana. El fútbol era su deporte favorito. Jugaba en el colegio, pero no destacaba. Tampoco destacaba en las notas. No era un estudiante mediocre, ni siquiera estaba por debajo de la media, sencillamente era un estudiante normal.

La época del Instituto fue la más difícil. Quizá sería por esa edad tan complicada, quizá por la revolución hormonal que se desprendía por todos los poros de aquel edificio de una sola planta en un barrio obrero de la capital. Él nunca recordaría con agrado aquellos años. No podemos decir que no fuera agraciado físicamente, pero tampoco era guapo. Estaba delgado, muy delgado, como le había dicho su madre recientemente. Y era cierto, desde que empezó el instituto comía menos de lo habitual. Ni él mismo sabía el motivo de esta conducta, pero aquél día nublado de febrero iba a descubrir ese motivo.

El motivo se llamaba Laura, y tenía 16 años como él. Era morena y delgada, y su impecable anatomía parecía ir unos cuantos años adelantada a su edad verdadera. Por supuesto, Él no era el único que le había echado el ojo, ya que Laura tenía todo un séquito de seguidores masculinos a su alrededor. Incluso en el patio se hacían apuestas sobre quién sería el primero en desvirgar la despampanante voluptuosidad de Laura. Ilusos... no sabían que la despampanante voluptuosidad de Laura había sido desvirgada ya hace un par de años, y en circunstancias no muy agradables para ella, pero esa no es la historia que nos ocupa.

Como es de suponer, Él no ganó esa apuesta. Aunque si participó en ella a regañadientes. Él no veía a Laura como la veían los demás, es decir, como un trozo de carne al que deseas hincarle el diente. Él la veía de otra manera, y se preguntaba que habría en ese corazón que Laura ocultaba tras un metro de perímetro torácico. Por supuesto, Laura nunca sabría que Él lo veía de esa forma. Estaba tan acostumbrada a que le miraran antes las tetas que los ojos que había aprendido a vivir con ello, y había asumido que nunca jamás nadie la valoraría por sí misma. Nadie descubriría nunca que era una chica sensible, simpática, cariñosa... Buenos, Él si que lo hubiera descubierto, pero como hemos visto hasta ahora, Él no tenía nada por lo que destacar, y Laura nunca lo vio más que como ese chico raro, de penetrantes ojos verdes, que la miraba de forma extraña. No como un chico normal, sino más bien como un entomólogo que observa cuidadosamente una mariposa antes de pincharla y clavarla a su colección particular con cartelito con su nombre. Esa mirada le daba escalofríos a Laura, y pasaba de largo apretando el paso.

¿ Que la miraba como? Si Él hubiera sabido alguna vez que Laura lo veía así, el que hubiera sentido escalofríos hubiera sido Él. A Él nunca le interesó la entomología, y mucho menos las mariposas. No había mariposas en el barrio donde vivía. Nunca las hubo y probablemente nunca las habrá.

Gracias a su escaso éxito con el sexo opuesto (escarceos éfilicos de fines de semana aparte), Él pudo concentrarse en otras cosas. Así, descubrió el cine, descubrió la música Y descubrió sensaciones con ella que jamás había sentido. Se pasaba tardes enteras encerrado en su cuarto escuchando viejas canciones de Leonard Cohen, de Neil Young, de Dylan, Aznavour, Brel Victor Jara, Brassens y tantos otros que sólo Él en su barrio

parecía conocer. Así, cuando llegó el momento de estudiar una carrera no lo dudó, y se matriculó en Ingeniería Industrial.

Tal vez la Ingeniería Industrial no era lo más parecido a la música de los cantautores franceses de los 60, pero qué demonios ¿hay alguna carrera parecida a los cantautores franceses de los 60?. Ese fue su razonamiento lógico, que como todos los razonamientos lógicos, acaban siendo falsos. La carrera no le entusiasmó desde el principio. Afortunadamente, los números se le habían dado bien desde siempre, y fue pasando cursos sin demasiados apuros. No se relacionaba demasiado con sus compañeros, más preocupados en las fiestas de los jueves que en estudiar o tomar apuntes, así que la vida del Él se había convertido en rutina: levantarse de la cama, asearse, tomar el tren hasta la facultad, volver a casa y enchufar la minicadena para escuchar alguno de esos temas que le erizaban la piel cada vez.

Desde luego, su primera vida no fue nada del otro mundo. Absolutamente normal, sin demasiados problemas pero tampoco sin demasiadas alegrías. Afortunadamente le faltaba la otra vida.

Él volvió a nacer el día que conoció a Silvia.

Lo recordaba perfectamente, era un día lluvioso y plomizo de Marzo. Después siempre pensaría que todas las cosas buenas que nos suceden en la vida ocurren en días así, y por más que intentara recordar le era imposible acordarse de algún buen momento que le hubiera ocurrido bajo la intensa luz del Sol. A partir de ese día, tuvo la costumbre de mirar por la ventana cada mañana al levantarse. Si amanecía nublado, una sonrisa se dibujaba en su rostro, y empezaba a tararear alguna canción. El día que conoció a Silvia no había hecho ese ritual, pero claro, aún no había descubierto la magia del Cielo Gris.

Silvia había aparecido ante él como por arte de magia. No recordaba el momento en el que ella se había sentado enfrente del él en el tren. Recordaba estar sentado junto a la ventanilla, con los cascos puestos, mirando distraído el paisaje urbano que se movía a su alrededor. A veces tenía la sensación de que el tren estaba parado y era la ciudad la que se movía ahí fuera. Gotas de lluvia salpicaban aquí y allá el cristal del vagón. Nada podría haberle sacado de esa abstracción que estaba experimentando. Pero una vez más se demostró que la palabra nada significa eso, nada, porque segundos después una voz le devolvió al mundo real.

Una señora con abrigo de piel le había preguntado si el paraguas que sostenía en su manita con anillos en todos los dedos era suyo. Efectivamente, lo había dejado distraídamente en el asiento contiguo, y se había olvidado de su existencia. Es el triste destino de los paraguas, sólo nos acordamos de ellos cuando los hemos perdido. Él había girado la cabeza para atender la voz aflautada de la señora (¿por qué coge el tren? Parece que tenga pasta como para tener chofer) y la cadena de acontecimientos ya se había producido. Es curioso pensar que un simple movimiento de cabeza, un paraguas del todo a 100, puede cambiar nuestra vida de esa manera.

Porque en la trayectoria de la mirada de Él entre la señora y el mundo móvil de la ventanilla estaba Silvia. Cuando los ojos de Él se posaron en Ella, el mundo pareció dar un vuelco. De repente, todo a su alrededor se había vuelto borroso, ya no veía a la señora, a su abrigo y ni mucho menos al paraguas, que se le había caído al suelo, en sus auriculares,, Jacques Brel había enmudecido. Silvia se agachó para recoger el paraguas que había caído a sus pies, y se lo devolvió con una sonrisa. Él ya no sabía que hacer, había imaginado este momento cientos de veces, y en todas se imaginaba con una compostura y un saber estar admirable, pero en el momento de la verdad, con Silvia sonriéndole, sentía que no sabía hablar, que tendría que volver al parvulario a aprender de nuevo las vocales, luego las consonantes, luego a juntar sílabas. Se veía a sí mismo repitiendo las canciones infantiles que le enseñaron para aprender a usar las palabras, tal era el efecto que esa sonrisa le estaba produciendo.

No hacía falta ser una persona tan sensible con Él para no estremecerse ante la mirada de Silvia. Sus ojos eran grandes, y su iris del color del mar en calma, un azul claro casi transparente. Su mirada tenía un punto entre malévolos e inocente. En los días que siguieron, Él nunca fue capaz de descubrir todos los secretos que se escondían tras esa inmensidad azul. Con un esfuerzo titánico, Él comprobó que el aire había vuelto a sus pulmones, subía por la tráquea, movía sus cuerdas vocales, atravesaba la faringe y era por fin liberado a través de su boca temblorosa.

Gra...Gracias, balbuceó. Había recogido el paraguas que Silvia le tendía sin dejar de sonreír. Su melena rubia caía en ondas sobre sus hombros. Reparó en que no llevaba ninguna mochila. Se armó de valor y se dispuso a entablar una conversación.

La conversación que siguió después fue lo más increíble que Él recordaría jamás. Hablar con Silvia era como hablar consigo mismo. Descubrió que compartían gustos, aficiones.. Se enteró que Silvia estaba en paro después de trabajar 15 días como camarera en una pizzería (España va bien, dijo ella poniéndose el dedo índice bajo la nariz simulando un bigote, y ambos se rieron sinceramente) Silvia le dijo que le gustaba tomar el tren temprano para ir a dar un paseo, y que este día plomizo con amenaza de lluvia era el idóneo para pasear. Cuando la señora del abrigo y los anillos se bajó del tren, Silvia se acomodó en el asiento contiguo al de Él, con la excusa de querer compartir los auriculares del Discman. Brel era uno de sus cantantes favoritos, dijo ella, y Él se sentía morir de amor.

Cuando quiso darse cuenta, su parada había pasado, pero le daba igual. Esta mañana Él no iría a la facultad, no tendría que soportar a sus odiosos profesores y a su no menos odiosos compañeros. Había decidido dar un paseo con Silvia, seguir hablando y compartiendo ese día que iba a ser inolvidable. Ambos hicieron transbordo, cogieron el Metro y aparecieron en el parque del retiro. A esas horas el parque estaba poco concurrido, apenas algunas personas paseando al perro o haciendo footing matinal. A Él eso le daba igual ya hacía tiempo que el mundo había dejado de tener importancia. Cuando Silvia le tomó la mano mientras paseaban, Él se sentía desfallecer.

Habían estado paseando un buen rato pero a Él le había parecido muy corto. Había estado más cómodo que nunca. Él era un chico más bien tímido y poco hablador, pero con Silvia sentía que la cosa era diferente. No le daba ninguna vergüenza hablar de cualquier tema, por poco habitual que fuese. Silvia siempre le escuchaba atentamente y opinaba sobre el tema, cuando no soltaba una carcajada que hacía levantar el vuelo a los pájaros que dormían en los árboles. Al llegar al Palacio de Cristal, Silvio le dijo que tenía que volver a su casa, ya que sus padres llegarían pronto del trabajo y tenía que prepararles la comida. La acompañó hasta la parada del metro, y allí se despidieron. Él sabía lo que tenía que hacer pero no se atrevía, cuando de pronto, movida tal vez por el pensamiento de Él, Silvia le rodeó con los brazos y lo besó. Cuando la vio alejarse escaleras abajo hacía el Metro, Él sintió que nunca jamás podría ser más feliz.

Se equivocaba. Era posible ser más feliz.

En los días sucesivos, Silvia se mostraba si cabe más entregada y cariñosa que Él. Daban largos paseos, salían al cine o simplemente se sentaban viendo pasar la vida ante ellos, besándose. Esa misma vida que le había dado siempre la espalda, ahora le ofrecía un regalo en forma de ninfa de piel blanca y ojos azules, tan bella que no parecía de este mundo. Un día soleado de Mayo, Silvia le dijo que sus padres no irían a casa a comer, y le invitó a subir a su piso. El piso no era nada del otro mundo, era la típica casa de una familia de clase media trabajadora, como la suya. Silvia tampoco tenía hermanos y de pequeña inventaba mundo maravillosos en los que vivir era más bonito que en este. Exactamente igual que había hecho Él.

En aquél momento todo transcurrió repentinamente. Él estaba en la habitación de Silvia, mirando su colección de discos, cuando notó que la lengua de ella buscaba la suya, y sus manos eran como arañas que recorrían suavemente todo su cuerpo. Segundos después estaban ambos desnudos sobre la cama de ella, el cuerpo de Él contra el cuerpo de Ella, en un abrazo interminable y eterno. Él miró fugazmente a la ventana. Un rayo de sol intentaba entrar sigilosamente en la habitación, quizá para contemplar ese momento en el que un hombre y una mujer se funden el uno en el otro.

Él pensó que quizá los días soleados no eran tan malos, y se dijo a sí mismo que a partir de entonces sonreiría cada vez que abriera la ventana por la mañana. En ese momento se sentía inmensamente feliz, como flotando en la sopa primordial de los tiempos. Se sentía el único ser sobre la tierra, porque ya notaba a Silvia como parte de Él, siempre lo será y siempre lo había sido. Silvia y Él, Él y Silvia, dos que son uno, un solo conjunto de felicidad eterna.

Fue entonces cuando oyó el ruido.

Al principio todo era muy confuso. La oscuridad se había apoderado de Él. Se notaba flotando en una negrura infinita, tan densa que casi se podía palpar. Sus movimientos eran torpes, a cámara lenta, como en una pesadilla.

Pero no era como una pesadilla, era una pesadilla.

Cuando oyó el segundo ruido, aún más fuerte que el primero, abrió los ojos. Ya no estaba en casa de Silvia, abrazado a ella. Miró por la ventanilla. Ya no había sol, solo vio un cielo gris repleto de jirones de nubes. Se estremeció cuando supo donde estaba realmente. En el asiento de enfrente no estaba Silvia, sino un inmigrante Guineano que iba a buscar a su hermano que venía de París a la estación de Atocha. En el asiento de al lado, no estaba la señora del abrigo que tenía pinta de poder permitirse un chofer, sino que estaba una chica Rumana muy guapa, con los ojos más asustados que Él vería en su vida. En sus auriculares no sonaba Jaques Brel, sino Bob Dylan. Escucho claramente una frase en sus oídos: “I feel I’m knocking on Heaven’s Door”. Cuando escuchó la última palabra de la canción, la onda expansiva le barrió del mundo como se barre una mota de polvo bajo la alfombra.